y pusieron duda en la verdad divinal, por la mucha codicia de anticiparse á gozar de sus bienes. Abominable hombre, dice la Escritura (*Eccles.*, 20), es aquel que hoy presta y mañana viene á pedir lo prestado; y así es la persona que á Dios se ofreció y por Dios renunció sus placeres, y luego quiere que Dios le dé el consuelo por lo poco que dejó.

Catorce años sirvió Jacob por Raquel, no con livianos trabajos; y cuarenta años gastaron de camino los hijos de Israel desde que de Egipto salieron, que significa el pecado, hasta la tierra de promision, que significa el gozo de las divinas promesas que en el cielo se darán, y algunas veces algo de ello acá. No os congojeis ántes de tiempo, porque no perdais lo que Dios os tiene prometido en su tiempo. Mirad que dice la Escritura (*Proverb.* 20): La herencia que al principio se apresura, carecerá de bendicion en el fin. Quiere el Señor que estémos entre mil trabajos, que todos nos conviden á impaciencia y desesperacion; y entre todas aquellas marañas, que esté firme nuestra esperanza y asosegada nuestra voluntad. Mirad que la virtud, si no es combatida, no es probada; y la no probada no es mucho de estimar; y así como tiene la castidad sus combates, y la paciencia y otras semejantes virtudes, así los tiene nuestra fé y esperanza; y así como la mejor castidad es la mas combatida, así cuando no sintiéredes en vos cosas que os combatan vuestra confianza, no penseis que es mucho de estimar.

Por eso la fe de Abrahan fué alabada del apóstol San Pablo, porque creyó y esperó en la esperanza que le daba la palabra de Dios, contra la esperanza que le daban las razones que él veia. No es de alabar la mujer que por eso es casta, porque no hay quien la siga; ni el hombre que es paciente, porque no hay quien lo persiga; ni tampoco el ánima que está muy confiada, porque no siente cosas que le conviden á perder la confianza. La fe que agrada á Dios es la que cree sin tener prendas de milagros ni razones; y el amor que le hiere su corazon es el que le tenemos cuando él nos maltrata; y la buena esperanza, cuando nos parece dar cosas contrarias á las que esperamos; y la buena paciencia, cuando sin ningun consuelo interior ni exterior padecemos; y la buena confianza, cuando, asidos de su bondad y palabra, estamos firmes entre muchas ondas de desconfianza; que de lo que sentimos en estos combates quiere el Señor que aprendamos á tenerlo por verdadero y por bueno; y esto en ninguna parte se hace mejor que en aquestos trances, en los cuales, lo que sentimos de él nos tiene que no caigamos; y este sentimiento es no dulzura, mas ántes una gran amargura de no tener en nosotros sentimiento de Dios con aquella firmeza que querriamos, y con esto es un arrojarnos á escuras en su verdad, que prometió favor á los que pelean por él; y en su bondad, que es una misma, aunque no lo gustemos. E cuando el ánima está enseñada de esta firmeza, en ausencia de la firmeza, dále nuestro Señor muchas veces la firmeza que desea, porque ya no pierde en la recibir, como acaece muchas veces hacer Dios por milagro que vea uno lo que cree; y esto porque ve Dios que es tan grande la fe de aquel, que no cree mas por ver que ántes no veia.

Así, hermana, acostumbráos á tener á Dios por quien es, aunque no le gusteis; comed pan de dolor; que él os dirá algun dia (*Jer.*, 31): Cese tu voz de llorar y tus ojos de lágrimas; que galardon tiene tu obra. Contentáos agora con su cruz, aunque os la dé seca, que él os dará algun dia la suave uncion suya; no os espanten los adversarios que el Señor quiere mostrar su grandeza en vencer con langostas, gigantes; no derribeis vuestro corazon, porque os veais ser otra de la que debeis ser y deseais; que ninguno hay que con tanta paciencia os sufra como el Señor benigno, que conoce muy bien vuestra flaqueza; y aunque pueda el ánima que no está del todo sana, tener gozo entrañable, sabed que, así como agrada al Señor la perfecta justicia del justo, así le agrada la vergüenza humilde del imperfecto. Así que, si os pena lo que faltais, que os consoleis en lo mucho que os sobra en Jesucristo. En este holgad, cuando no viéredes en vos sino trabajos; aquí os esforzad; de aquí pagad lo que debeis; que la fe y amor y la devocion en él, y el pesar y conocimiento de vuestros pecados y miserias, hacen vuestro á Jesucristo, segun la cantidad que de esto lleváredes. Adoradlo y tomadlo; confiad y gozad; conoced vuestra enfermedad, y tambien vuestro Médico, y mas os consolad en él, que os desconsoleis en vos. El papel faltó, aunque sobra la gana. Cristo os guarde, que por vos murió, y para vos vive. Amen.

CARTA XLIV.

A una doncella que padecia trabajos: animala á llevarlos, y que los confiriese con los que el Señor padeció.

La paz de Jesucristo sea siempre con Vm. Si Vm. pensaba que habia de ir á gozar de Dios sin primero pasar por las amarguras de este mundo, muy engañada estaba. Y si ya que se las da nuestro Señor á beber, le amargan segun la carne, flaqueza humana es; porque, segun dijo el Salvador (*Matth.*, 26), la carne flaca es: mas si con el espíritu no acepta, y con hacimiento de gracias, la purga que el celestial Padre le envia para su salud, muy grande desacato comete contra la Majestad que se la da, y muy grande infidelidad contra su amor, y muy grande injuria contra su ánima, perdiendo por impaciencia lo que tanto provecho podia traer.

Señora, no piense Vm. que este reino de Dios que esperamos, es cosa tan poca que no merezca pasar por él estos y otros mayores trabajos; que si otra cosa fuera, nunca Cristo, que todo lo sabe, tan recios tormentos y deshonras pasara por entrar allá y llevarnos consigo; mas, así como este reino tiene bienes mayores que ningun ojo vió, ni oreja oyó, ni lengua puede decir, ni corazon pensar, así pasó Cristo por él penas, cuales no se puede hablar ni pensar; y esto para esforzar á nosotros que con osado corazon llevemos lo que á nos se nos ofreciere en este camino, teniendo por cierto, que así como el trabajo de Cristo no le salió en balde, mas tuvo fin y descanso, así de estos nuestros tormentos saldrá tanto descanso, que los darémos por bien empleados; y si nos parecieren grandes, no es porque lo son, mas porque nosotros somos pequeños y tenemos poco amor á Cristo crucificado; y por tanto nos parece pesado pasar algo de lo que él pasó; que si amásemos, el amor lo haria todo liviano, y aun delectable. Pues que Cristo recibió nuestras deshonras, y por juntarse con nosotros fué infamado y le llamaban amigo de pecadores, ¿por qué el cristiano se tendrá por deshonrado en la injuria que se le ofrezca? Si á Cristo amamos, en la deshonra hallarémos honra, y en los trabajos, descanso, y en lo que el mundo aborrece y escupe hallarémos tesoro.

El reino de Dios es semejable al tesoro ascondido; porque si tanteamos las cosas segun lo que de fuera parecen, en la carne nos quedarémos; y estando en la carne, dice el Apóstol que no podemos agradar á Dios. Entremos pues en todas las cosas á lo interior de nosotros, y presentémoslas ante el juicio de Cristo puesto en la cruz; y juzgando segun él, no recibirémos engaño; y allí verémos que no se debe sentir por deshonra, ni por trabajo, ni por pérdida, sino el ofender á nuestro Señor; y cuanto mas se siente la herida en algo de esto temporal que en lo del ánima, muy mala señal es no sentirlo, y aquello es digno de ser llorado y remediado; y por remediar este mal envia muchas veces nuestro Señor trabajos en lo temporal, porque, hiriéndonos en lo que sentimos, pongamos remedio en lo que no sentimos: estábamos muertos en las ánimas, y no veíamos nuestro mal, y por eso no buscámos el remedio. Azotónos nuestro piadoso Padre con los cabos de las agujetas donde estábamos muy vivos, para que, experimentando un poco de su rigor, huigamos de experimentar su castigo, que nunca tiene fin; y esto es gran señal de amor para quien desea no ser para siempre perdido, y muy barato compra su salvacion, por recio que le parezca el azote.

¡Oh locura miserable de los mortales, que tan presto tienen los ojos en lo presente, y tan de mal se les hace en lo que les toca, y cuán en poco tienen lo que está por venir; y aunque saben que en las presentes pérdidas ganan en lo venidero, no lo quieren haber por bueno; mas aventuran y quieren que les vaya allá mal, con tanto que les venga acá bien! Oh locura tan para llorar si se sintiese! Quieren pasar de bien en bien; quieren pecar, y salvarse; quieren ofender á Dios, y no ser castigados por ello. Y toda su felicidad es no ser buenos, mas una mala libertad sin castigo. Nosotros, señora, no vamos por este camino, cuyo fin es perdicion eternal; mas por el que va derecho al cielo, aunque tenga algunas espinas. Abajemos nuestro cuello á la vara amorosa de Dios, hagamósle gracias en lo uno y en lo otro. Cuando nos envia bienes, conozcamos que nos trata segun él es; y cuando trabajos, como nos merecemos; y que todo lo tengamos por señal de merced; mas por mayor lo postrero, porque aunque no sea tan sabroso, es mas provechoso; y el cristiano mas ha de mirar á lo que cumple, que á lo que deleita; y á lo que le hace aquí purgar sus pecados, que á lo que le pone ocasion de hacer otros; y mas á lo que le hace semejable á Cristo, que desemejable; y mas quiero ir por donde fuéron los que están en el cielo, que por otros sospechosos caminos.

E aunque de haber ofendido recibe pena, mas de ser castigado recibe gozo; porque aunque fuera mejor no haber menester este cauterio, ya que lo es, gran merced es de Dios salvarnos con él. Vamos al cielo, y siquiera sea dándonos cien azotes por las calles; que mas le dieron al inocente Cordero sin merecerlos. No merece entrar allá, si no tiene por muy barato todo lo que por él le pueden pedir. Agora atrevámonos á perder todo lo que acá florece; que despues no nos hallarémos engañados, mas muy acertados. Cristo verdad es, y él dijo (*Matth.*, 5): Bienaventurados aquellos que lloran, que ellos serán consolados. Lloremos, señora; quiero decir: pasemos adversidades; que el consuelo prometido por Cristo no nos faltará. Fiemos á Dios nuestras penas; que él las tornará en placeres. Destetémonos ya de esta leche que parece sabrosa, y comamos pan de varones, que son trabajos. Este pan comieron los amigos de Dios, pues ¿por qué á nosotros tan mal nos sabe? Y si todavia nos parece duro, vamos al que nos lo da, y pidámosle alguna cosa en que mojemos el pan para poderlo llevar.

¡Oh señora, y si pidiese Vm. á Cristo que le mostrase esta tribulacion en sus llagas, cuán blanda le pareceria, si la mojase en cuando le iban pregonando por las calles á voz de pregonero, diciendo de él lo que en nosotros cabia! Oh si pensase mas en las penas de él, que en las propias suyas, cómo habria vergüenza en quejarse de sus chicas, mirando las grandes de él! Entónces veria que lo que le parece pérdida es ganancia; y que es grande honra seguir el hombre á su Señor. Diga pues Vm. al Señor (*Matth.*, 4): Pues eres hijo de Dios, di á estas piedras que se tornen pan; di á este mar que se sosiegue; di á esta peña que no me parezca dura. Ella en sí no lo es, mas yo soy la niña y la flaca; por fuerza de amor en mí, para que me alegre yo en ella por tí, y la reciba por empresa de amor.

La empresa que tú, Señor, por mi amor trajiste, mayores tormentos y deshonras fuéron, porque tu amor no tuvo semejante ni tal dolor; mas á mí, como flaca y de poco amor, otórgame que esta tan chica no me parezca grande. Si las tuyas tan grandes, te parecieron tan pequeñas por mi amor, ¿por qué seré yo tan desamorada, que sobrepujen mis penas á mi amor? No lo consientas, Señor, por quien tú eres; mas haz, pues puedes, que aunque yo mucho padezca, mas te ame, y todo lo que padeciere me parezca poco por tí, y cuanto otro tiempo aborrecia yo el padecer, porque no te sabía amar, agora, Señor, te ame, y el padecer por tí me sea agradable. Otórgame que yo halle gracia en tus ojos; y si tú quieres, halle desgracia en los del mundo. Goce yo de tí para siempre, y siquiera padezca aquí toda la vida; que ninguna cosa me podrá empecer, si fuere tan dichosa que tenga á tí por mio en tu reino para siempre; y á todo esto responde: Pedid, y daros han. Yo suplico á nuestro Señor Jesucristo dé á Vm. gracia para que halle en la hiel miel, y en la miel hiel, todo por amor de aquel que bebió por nuestro amor hiel como si fuera miel. Amen.

CARTA XLV.

A unas doncellas devotas, que padecian trabajos: animalas conociendo que son mercedes de Dios, y declárales su amor para con los hombres.

Vuestra carta recibí con tanto amor, con cuanto me fué enviada; porque de verdad podeis creer que si nuestro señor Jesucristo ha mandado y obrado en vuestros corazones que me ameis por él y en él, lo mismo ha hecho en mí para con vosotras; y cuanto á lo que decis de vuestros trabajos, pláceme que los tengais, y pésame que los sintais; porque creed por muy cierto que otro camino no hay para alcanzar los gozos del cielo, que pasar acá trabajos por Cristo; que si otro hubiera, nuestro Redentor y Maestro Jesucristo nos lo hubiera enseñado por palabra y por obra. Mas, pues su bendita boca llama bienaventurados á los que lloran, á los que padecen hambre y sed, á los que padecen persecuciones y toda su vida no fué sino un continuo martirio, ¿qué duda nos queda á los que somos discípulos suyos, sino que firmemente creamos que este es el camino de la salud? No

dudeis, hermanas muy amadas, de seguir la luz, que es Cristo; que sin falta, si vais por donde él fué, iréis adónde él fué; porque palabra suya tenemos, que adónde él estuviere estará su sirviente. No mireis de quién ó por quién vienen los trabajos, como hacen los que dicen: Si Dios me los enviase, sufrirle hia; mas vienen de fulano y fulano, ¿por qué los he de sufrir? Estos teniendo ojos no ven, porque los tienen puestos en tierra, y por eso se ciegan; mas si á Dios los alzasen, verian la luz de la doctrina de Dios, que nos enseña que por mano de los malos alimpia Dios á los suyos, y por mano de esclavos enseña á sus hijos, y todo lo ordena él para provecho de quien le ama.

Nunca tengais cuenta con muchos, que es cosa de grande trabajo; tenedla con Dios, y en sus benditas manos os arrojad; y venga el trabajo de donde viniere, recibidlo de su mano, y dadle gracias por los trabajos y por el descanso; que todo viene de una mano y de un amor, y el fin de todo es para nuestra santificacion; y si Dios os diese viva fiucia de que sois amadas de él, y que todo lo que os viene os lo envia él por vuestro bien y para en testimonio que os ama, no os hallarian esas tinieblas; ántes, aunque muy incrédulas fuésedes, creeriades á amor probado con tantos testigos. ¡Oh fuego de amor perpetuo, y cuántos son tus testimonios del amor que nos tienes! Para esto criaste el cielo y la tierra, para esto nos sirven tus criaturas altas y bajas, para esto nos criaste y conservas despues de criados, para que pues es cierto que todo esto tú nos lo das, y no por temor que nos tengas, ni por esperanza de lo que te hemos de pagar, veamos claro tu amor, que está secreto, pues tantas señales públicas de él nos manifiestas.

¿Quién será aquel tan descreido, que no habiendo pasado ni un solo momento de todos los años que ha vivido, en el cual no haya recibido bienes de Dios, no crea de corazon que Dios le ama, pues otra cosa sino el amor no le compele á hacernos mercedes? Cobran fama los hombres de dadivosos por diez ó doce mercedes que hacen, son creidos los hombres por dos ó tres testigos que traen en prueba de lo que dicen, ¿y por qué, hermanas, no cobrará el Señor en nuestro corazon fama y crédito de amador, pues cuantas criaturas hay, y cuanto tenemos y somos, dicen á voces que nos quiere bien Dios; y porque no pusiesen los hombres tacha en estos testigos, por ser cosas bajas para dar testimonio de tan alta cosa como es el amor que nos tiene Dios, quiso él, por su infinito y eterno é incomprehensible amor, darnos por amor á su amado Hijo, para que, teniendo una prenda y testigo de amor tan excelente como el mismo Dios, creyésemos esta verdad, que nos ama Dios?

¡Oh abismo de infinita bondad, del cual tal dádiva sale al mundo, que así lo ames, que des á tu unigénito Hijo para que todo hombre que cree en él y le ama, no perezca, mas tenga la vida eterna! Alábente los cielos con todo lo que en ellos está, y la tierra y la mar con todo su arreo, porque tú, tan grande, has amado tan grandemente á los que eran dignos de desamor. ¿Y quién será aquel que dude en tu amor, viendo dar á tu Hijo? Quién será aquel que no te ame viéndose tan amado? Quién será aquel que no esperará verte en el cielo, pues por nos fué visto Dios en la tierra, y tan abajado, que podamos bien creer que serémos ensalzados por él? Porque mas fué abajarse Dios á ser hombre, que los hombres ser ensalzados á ser participantes de Dios. Gran cosa es los hombres ser hechos hijos de Dios; mas cosa mayor es Dios ser llamado y hecho Hijo de Vírgen. Gran cosa esperamos en ser compañeros de ángeles; mas mayor fué ser Dios acompañado de ladrones en el dia de su pasion. Y si os parece mucho unos tales como nosotros haber de ir delante el acatamiento de Dios á gozarnos con él y para siempre, mayor cosa fué el Hijo de Dios estar colgado en la cruz ante tanto acatamiento de gente, y con tanto propósito de padecer por los hombres, que si conviniera al provecho de ellos estar en la cruz padeciendo hasta la fin del mundo, allí lo estuviera; porque determinado tenia de rescatar á los hombres, costase lo que costase; mas porque bastó y sobró lo que dió, no pasó mas, aunque nosotros le debemos dar gracias por lo que pasó, y por el amor con que determinó de pasar por nos mil tanto, si menester nos fuera.

Considerad pues esta muerte tan penosa y tan larga en la intencion de Cristo nuestro Señor, y veréis que no es mucho que dén vida sin fin y con gozo á los hombres que tuvieren fe y amor á este Señor, pues él por ellos ofreció una vida tan valerosa. Asentad, señoras, en vuestro corazon lo que dice S. Pablo (*ad Rom.*, 8), y nunca de vuestra memoria se parta: Que cuando Dios á su Hijo nos dió, todas las cosas nos dió con él. Claro es que quien dió el Hijo dará la casa y la hacienda y todo lo demas; porque todo es ménos que el Hijo, y tal Hijo. Pues si todo esto habeis escuchado con aquellas orejas con que se oyen las cosas de Dios, yo sé que en todas las cosas que os acaecieren, sintais el vivo amor con que Dios os las envia, y os sean todas unas luces que os declaren la benevolencia y bienquerencia que Dios os tiene, y hallaros heis tan cercadas de saetas de amor, que no podais (si piedras no sois) dejar de amar á quien tanto os ama. No esperaréis horas ni lugares ni obras, para recogeros á amar á Dios; mas todos los acaecimientos serán despertadores de amor. Todas las cosas que ántes os distraian, agora os regirán; y las que derribaban vuestra confianza, agora os la esforzarán. Porque decidme, ¿quién no confiará de quien ve ser tan amado, que á cada momento le hace mercedes? Bienaventurado aquel á quien Dios dió sentimiento de su bondad en todas las cosas, y que de todas usa en viva fe; y miserable de aquel que hace de las armas de la confianza instrumento para desconfiar, y se le tornan carbones apagados y apagadores los encendidos carbones que Dios le envia para le encender.

Mirad, hermanas, todo lo que os viniere con estos ojos, y daréis al Señor alegría; porque gran descanso es para un señor tener un criado que le entienda bien lo que dice. No seais como los edificadores de Babilonia, que pidiéndoles instrumentos para edificar, derriban; no seais maliciosas y sospechosas, que si os saludan pensais que os maldicen; no seais víboras, que la dulzura de las flores que la abeja torna en miel, torna ella en ponzoña. Sabed contratar con Dios, pues ya una vez os abrió los ojos; y no le seais tan desabridas, que lo que él os envia para señal que os ama, lo tomeis por señal que no os ama. El lo envia para que mas y mas confieis en él; no lo tomeis para entristeceros y derribar vuestro corazon con desconfianza; señales son de paz, no de guerra, si vosotras mismas no estáis al reves.

Maldito sea este parecer propio, que tanto trabajo da

á quien lo tiene, y tanto desacato es contra Dios. Este es el que no os deja reposar, y el que mil cuentos de veces os turba y angustia, y os hace que no halleis anchura donde reposar, la cual veriades tan ancha y mas ancha que lo es la anchura del cielo, si dejado vuestro corto parecer, os encomendásedes en la infinita bondad del Señor, de la cual veis qne tantas veces ha con vosotros usado. Gran mal es, por cierto, no confiar que os ama despues de traidas, el que os trajo á sí estando apartadas. Amóos estando afeadas por vuestros pecados, ¿cómo no os amará agora que os ha limpiado y emblanquecido con su sangre hermosa? No seais de tan poca fe para con quien es razon que tanta tengais. Poco haceis en fiaros de quien tantas prendas teneis; vivid en fe de quien nunca desamparó á los que con humilde corazon, de él se fiaron. Tened cuidado, no de regiros, mas de contentaros como Dios os rigiere. Vuestra voluntad es tuerta, y vuestro parecer ciego; no querais tales guiadores: guíeos aquella voluntad sumamente buena, y que no puede querer sino lo bueno. Ríjaos aquel saber que ni engaña ni es engañado; echad vuestro cuidado en aquel que tan bien cuida y vela sobre los que á él se le encomiendan. Arrimáos á aquel que os miró ántes que vosotras naciésedes; dad gracias á aquel que os trajo al conocimiento de su santo nombre, y que os tiene aparejado un reino sin fin; y porque si esto creyésedes y sintiésedes, los trabajos os serían rosas, por eso dije que me pesa que lo sintais; y si lo sentis, no os derriben; mas sea vuestra fortaleza aquel que por nosotros se hizo flaco. No hay mas papel, y por eso no escribo mas; esta hayan por suya todos los que vosotras mandáredes, y rogad por mí.

CARTA XLVI.

A una doncella, en tiempo de adviento; le persuade á recibir el Niño Jesus.

¡Cuán ocupada estará Vm. en este santo tiempo en aparejar posada al huésped que le ha de venir! Paréceme que la veo solícita como Marta, sosegada como Magdalena, para con los servicios exteriores é interiores servir al que viene, pues de uno y de otro es digno el Señor. ¡Oh bienaventurado tiempo en que se nos representa la venida de Dios en carne á morar entre nosotros para enseñar nuestras tinieblas, y encaminar nuestros piés en la carrera de la paz, y haciéndonos hermanos suyos, gozar de una herencia con él! No sin causa Vm. desea su venida y le apareja su corazon por morada; porque este Señor, deseado fué ántes que viniese, y el Profeta le llama (*Agg.*, 2) el Deseado de todas las gentes; y á ninguno se da, si primero no le desea. Muy mal empleado es el buen manjar en el gusto que no toma sabor en él; y así es Dios en quien no lo desea; el deseo de los pobres oye Dios, porque tiene sus orejas puestas en el suspiro del corazon que otra cosa no desea sino á él; y á este tal viene y no se le niega, segun lo dice en los Cantares (*Cap.* 4): Heriste mi corazon, hermana mia; esposa, heriste mi corazon en uno de tus ojos y en un cabello de tu cabeza. ¿Puede ser cosa mas tierna que la que es herida con la mirada de solo un ojo? Puede ser cosa mas flaca que la que es atada con un solo cabello? Dónde están los que dicen que Dios es difícil de alcanzar, y riguroso para tratar, é incomportable para sufrir? Querellémonos, señora, de nosotros, que por querer mirar á muchas partes, no ponemos la vista en Dios, y no queremos cerrar el ojo que mira á las criaturas, para con todo nuestro pensamiento mirar á solo el Señor.

Cierra el ballestero el un ojo para mejor ver con el otro, por acertar en el blanco; ¿y no cerrarémos nosotros toda vista de lo que nos daña, para mejor acertar á cazar y herir al Señor? Coja y recoja su amor, y asiéntelo en Dios quien quisiere alcanzar á Dios; que como Dios sea amor, de solo amor se deja cazar, y no tienen que ver con él los que no le aman; y si dicen que le conocen como lo deben conocer, no dicen verdad, como dice S. Juan: Y este que con amor es herido, con un cabello es atado; porque lo que amor prende, el pensamiento recogido y atento lo conserva que no se pierda. E para que se diese mas confianza á los hombres, que podrian alcanzar á Dios, y que no huye de ellos, se hace uno de ellos y se pone en los brazos de una doncella, teniendo él fájados los suyos, sin poder huir del hombre que buscarle quisiere. ¡Oh celestial pan, salido del seno del Padre y puesto en la plaza de este mundo, convidando contigo mismo á cuantos te quisieren comer y gozar! ¿Y quién es aquel que puede sufrirse de no ir á tí y tomarte, pues por la sola hambre te das? Y pides mas sino que suspire el ánima por tí, y confesando sus pecados te quieran á tí y te reciban?

Grande miseria es la de aquellos que viniéndoseles el pan á su casa, ellos se quieren mas morir de hambre, que no abajarse y tomarlo. ¡Oh pereza, y cuán mal haces! Oh ceguedad, y qué bienes pierdes! Oh sueño, y cuántos bienes nos quitas! Pues estando prometido que todo el que busca, halla; y el que pide, que le darán; y al que llama, que le abrirán, está claro que si mal nos va, por nuestra negligencia es. Pues, ¿cómo, señora, ha de pasar esto así? Habiendo Dios venido á curarnos, ¿hémonos de quedar enfermos? Estando á la puerta de nuestro corazon llamando y diciendo: Abreme, amiga mia, esposa mia (*Cant.*, 4), ¿dejarle hemos estar llamando envueltos en nuestras vanidades, y no salirle á abrir?

Anima mia, ven acá, y dime, de parte de Dios te lo pido, ¿qué es aquello que te detiene de no ir toda y con todas tus fuerzas tras Dios? Qué amas, si á este tu Esposo no amas? Y por qué no amas mucho á quien mucho te amó? No tuvo él otros negocios en la tierra, sino entender en amarte y buscar tu provecho aun con su daño. ¿Qué tienes tú que ver en la tierra, sino tratar amores con el Rey del cielo? No ves que se ha de acabar todo esto? Qué ves? Qué oyes? Qué tocas? Qué gustas y tratas? ¿No ves que es todo esto tela de arañas, que no te pueden vestir ni defender del frio? ¿Adónde estás cuando en Jesucristo no estás? Qué piensas? Qué estimas? qué buscas fuera del único y cumplido bien? Levantémonos, señora, ya, y rompamos este mal sueño; despertemos, que es de dia, pues que Jesucristo, que es luz, ya ha venido, y hagamos obras de dia, pues algun tiempo hicimos obras de noche. ¡Oh si tanto nos amargase el tiempo que á Dios no conocimos, que nos fuese grandes espuelas para agora con grande ansia correr tras de él! Oh si corriésemos! oh si volásemos! oh si ardiésemos y nos transformásemos! ¿Qué hace, señora, la criatura, pues ve á su Criador hecho hombre solamente por amor? Quién nunca oyó amor como este, que amando uno á otro se tornase él? Amónos Dios

cuando nos hizo á su semejanza; mas mucho mayor obra es hacerse él á imagen del hombre. Abájase á nos para llevarnos consigo; hácese hombre para hacernos dioses, y desciende del cielo para llevarnos allá; y en fin, murió para darnos vida. ¡Que entre estas cosas esté yo durmiendo y sin agradecimiento á tan grande amor! Alumbra, Señor, mis ojos para que no duerman en tal muerte; y tú, que hiciste la merced, danos el sentimiento de ella; que de otra manera el mayor bien se me tornará mayor mal.

Abre, Señor, mis ojos para que te consideren descender del seno del Padre, y entrar en el de la Vírgen Madre; y agradeciéndotelo mucho, humílleme yo por tí: véate yo en un pesebre por cama, llorando con frio y fatigado con pobreza, y aprenda yo á desechar el regalo por tí: suenen tus lágrimas en mis orejas para que se ablande mi ánima, y se te dé como cera á todo lo que tú quisieres; y no permitas tú que llore Dios, y no lo sienta el hombre; que no sé de cuál de estas dos cosas me maravillaria mas. Sella, Señor, en mi ánima tus palabras, para que yo no peque contra tí. Recójase en mi corazon la sangre que por mí derramaste, y todo tú seas mi amor, porque quedes contento de cuantos trabajos pasaste por mí. A mí buscaste, por mí lo has, por mí son todas tus justas, libreas y gastos; no me vea yo ser de otro, pues tan bien me mereces tú.

Ea, señora, aparéjense esas entrañas; que viene Dios á nacer, y no tiene casa ni cama; téngalas muy encendidas de amor, porque el Niño há mucho frio; y si las tiene tibias, con el frio del Niño las calentará; porque miéntras mas frio padece por nos, mas amor enseña tenernos, y donde mas amado me veo, allí debo mas amor. De fuera frio padece, mas del mucho amor que tiene, no sufre ropa; que desnudo nace y desnudo lo ponen en la cruz; porque al nacer y al morir nos enseñó mayor exceso de amor. Apareje, señora, cuna para dormirlo, que es sosiego de contemplacion; y mire que lo trate y cure bien, que es hijo de alto Rey; hijo es de Vírgen, y en virginales corazones reposa de buena gana. Porque la carne que él come, carne muerta y crucificada es; y porque tiene muchos parientes pobres, y quien á él quiere, tambien ha de querer á ellos. Tienda Vm. la mano para les dar, porque son hermanos del Criador; y despues de nacido en ella, guárdelo bien. El la guarde y la salve por su misericordia. Amen.

CARTA XLVII.

A una doncella, en tiempo de adviento, rogándole apareje posada al Señor.

El cuidado de aparejar posada á nuestro Señor, y de saberlo tratar, no se debe pasar por alto en el tiempo que el Señor viene á convidarse consigo mismo, deseando aposentarse en nuestras entrañas; y si esta merced entendiésemos, abastarnos hia para engrandecerle á él y estimarnos á nos, y desestimar todo lo que acá hay. ¿Qué mayor grandeza de Dios que no tomar asco de nuestras llagas, y abajarse á morar en nosotros siendo los cielos chicos é impuros para ser casa de él? Qué cosa es ver á Dios á la puerta de una ánima llamando y rogando que le dé posada para bien de ella? De qué me maravillaré mas, de pedir Dios, ó de negarle su criatura lo que le pide su Criador? De convidarse Dios, ó desconvidarle la criatura? ¡Oh hijos de Adan ciegos! ¿A quién decis no? A quién cerrais la puerta de vuestro corazon, pues este es el que lo hizo, y el solo que lo puede contentar y hacer bienaventurado? Dios os quiere, y no le quereis; míraos Dios, y volveis las espaldas vosotros, y siendo amados, desamais.

No seamos, señora, de aquestos: agradezcámosle que nos quiere por casa, pues Salomon le agradeció que le dió licencia para hacerle una casa fuera de sí. Oigamos este mensaje de Dios; que quiere venir á nos, como lo oyó la bienaventurada María, que toda se ofreció por esclava de Dios; y conozcamos esta merced, y tengámonos por indignos de ella, diciendo con S. Juan (*Luc.*, 1, *Matth.*, 3): Yo tengo de ir á tí, y tú vienes á mí; y pónganos cuidado la grandeza del huésped para ataviarle la casa, aunque no como su alta dignidad pide, mas á lo ménos cuanto nuestra flaqueza pudiere, pues que en ninguna cosa nos podemos y debemos mejor emplear, que en dar posada apacible al que nos crió, y á quien la ha de ser nuestra en su reino. Volvamos las espaldas á todo, por volver á este Señor los ojos, y tratemos con él de manera que comencemos aquí los negocios de su amor, que duren para siempre en el cielo, pues esta vida no nos fué dada sino para ganar lo que no tiene fin en compañía de Dios y de sus cortesanos. La humildad le pone el cimiento á la casa, las paredes las cuatro virtudes, el alto de ella es la caridad, porque es cumplimiento de todo. Déla Cristo á Vm. tanta gracia, que ella dé á él todo su corazon, y él á ella á sí mismo.

CARTA XLVIII.

A una señora doncella, en que le dice que Jesucristo descubrió su bondad inmensa naciendo niño, para hacernos niños en su confianza.

S. Pablo se hizo todo á todos para ganar á todos; y si él lo hizo, por virtud de Cristo lo hizo; que él así lo confiesa, que moraba y obraba en él Cristo; y pues el siervo hizo esto, y con espíritu del Señor, el Señor ¿cuánto mas lo hizo y hace? ¿No ve vuestra Señoría cuán propio viene á nacer para conformarse con los pequeños? No ve cuán chiquito, cuán niño, cuán sin dar muestra sino de que hace frio, y que es él delicado? Escondida está la grandeza, y manifiéstase la flaqueza, y cuán á su costa, y pasa cochura por hermosura, pues miéntras mas descubre lo flaco, mas descubre lo hermoso. ¿Qué cosa hay mas flaca que llorar, y despues morir, y en un palo de malhechores? Mas ¿qué cosa mas hermosa que amar Dios á sus criaturas hasta hacerse niño, pobre y crucificado por ellas? Aparece la humanidad y benignidad, porque apareció la flaqueza, y se abscondió la fortaleza y grandeza; y cuanto parece descrecer en lo grande, parece crecer en lo bueno y amoroso. Y digo parece, pues en él no hay crecer ni menguar, sino para nuestra consideracion. Y pues tan chico y tan grande está, tan sin rigor de grande, y tan acompañado de blandura de niño, no sé qué se hace vuestra Señoría, por qué no pasa de sí á Belen á ver este Verbo de Dios hecho niño, pues ve cuán propio está para ella, que siempre, desde que de él es, le ha sido niña ella á él, y él padre y ayo que de la mano la ha traido, y por ella ha hablado y ha obrado lo que ella ni sabía ni podia ni queria.

Mire bien en el pesebre, y verse ha á sí misma, y verle ha hecho ella para ganar á ella; para que, pues ella es tan

sin saber, fuerza y virtud como niña, sea del todo niña en la malicia y en todo mal; porque será grande en la malicia, y niña en la bondad, habiendo de ser, como dice S. Pablo (1 *ad Cor.*, 14), niños en la malicia, y grandes en el sentir. ¿No ve cuán arrimado está un niño á su padre, cuán asegurado de él, cuán colgado de él, cuán esforzado con él, que su único refugio, en todo lo que le viene, su padre es con corazon y con boca, y ni por pensamiento le pasan malicias de desconfianzas con su padre, ni otra cosa mas de mi padre? Bastarnos debria, señora, esta palabra mi padre, si nosotros fuésemos niños y hijos. No mas que mi padre, señora, no mas, no mas: todo lo otro es mi enemigo, mi perdicion, mi flaqueza, mi engaño. No haya yo en arrimo, no yo en amor, no yo en nada, sino mi padre en todo y en mí. Y entónces entenderá vuestra Señoría cuánta parte de sí ha sido ella, y cuánto ha tomado para sí y quitado á Dios; y cuanto le ha quitado, tanto ha perdido; porque no hay salud ni bienandanza sino en Dios.

Cuanto ha tomado de sí, ha perdido de Dios; y por eso restitúyale lo que le ha tomado, y restituírsele ha Dios. Sea niña pequeña, para que le diga su Señor (*Cantic.* 8): Nuestra hermana es pequeñuela, ¿qué le harémos para el dia que le han de hablar? Toma Dios á su cargo á los pequeños, para los guardar en el dia que los hablan las tribulaciones, y en el dia que les habla él, ó de parte de él. Y si flaquezas hay en estos tiempos, por no ser el hombre niño, y tener tan gran ceguedad, que siendo pequeño, se tenga por grande y por alto, flaqueza es ser flaco; mas insufrible cosa es no tenerse por tal. Esta luz pida vuestra Señoría siempre, porque no sea hallada ingrata y desconocida á su bienhechor, y ser demonio debajo de vestidura de oveja. Guárdese de hurtar á Dios su honra, y de levantar ídolo contra él; mas en verdadera niñez se dé á él; y lo que no fuere niñez, séale verdadero demonio, ayudándose de la niñez de Jesus, y ayudándola él con su gracia; y no haya miedo á trabajos, que es vergüenza con tal padre; y holguéme mucho de que desee estar tan firme en la verdad del propio conocimiento.

CARTA XLIX.

A la misma señora en tiempo de pascua de Reyes: le dice cómo ha de ir á adorar al Niño, y le ha de ofrecer oro de amor divino.

El adviento escribí á vuestra Señoría la gran merced que nuestro Señor nos hacia en querer venir á nosotros, y la bienaventuranza del ánima que lo recibe. Espero de su misericordia que habrá venido á la casa de vuestra Señoría, y que lo ha recibido con fe y amor; y por esto no resta sino que toda se ofrezca en perpetuo sacrificio al mismo que ha querido ofrecerse á ella por huésped amoroso, y que imite la fe y ofrendas de los Magos despues que al Niño halláron, pues les ha imitado en el trabajo de lo buscar. Bien será que contemple vuestra Señoría al gran Señor tan humillado en un portal y pesebre, donde la razon humana de los reyes no lo pensó de hallar. Mas la estrella, que es la fe, no quiere pasar adelante; mas con rayos mas resplandecientes declara, como con lenguas, que en aquello escondido á la razon está aposentado el que es sobre toda ciencia y razon; porque así aprendamos á creer mas firmemente donde ménos señales de ello halláremos; porque si como estrella los guió, los guiara su razon, fueran á buscar al Rey nacido en algun gran palacio real, pues el lugar y lo que en él está han de ser proporcionados.

Gran merced hizo el Señor á quien le provee de su estrella, que es la fe, para que busque á Dios abscondido, así en los pañales y pobreza de su nacimiento, como en el desprecio y muerte de cruz. En una parte le hallan los Reyes, y en otra el Ladron; porque ellos y él tuvieron ojos de fe, y esta les hizo adorarle echados en tierra, protestando ser nada delante su acatamiento; porque si lo conocieran por rey terrenal, aunque grande, bastara hacerle reverencia de hombre á hombre; mas postrarse unos grandes delante un Niño, señal fué de la interior fe con que conocieron la Majestad escondida en la niñez. E mire vuestra Señoría que no parezca vacía delante el Señor, ni piense que da algo si su amor no le da. Ninguna cosa sin Dios puede á vuestra Señoría hacer bienaventurada, y ninguna que ella le dé, fuera de sí, puede á él hacer contento. No es este amor de interes, que mira las dádivas; sino muy verdadero, que es union de corazones. Y este es el lenguaje (como S. Bernardo dice) en que Dios y el ánima se comunican y se hablan á un tono; porque si el Señor me castiga ó amenaza, no tengo yo de hacer lo mismo, ántes humillarme, miéntras él mas se ensalza; mas si me ama, helo de amar, diciendo como la Esposa: Mi amado á mí, y yo á él.

¡Oh gran dignidad de la criatura, poder traer con su Señor el dulce yugo del amor, y responderle como de igual á igual, pues el amor baja los montes y alza los valles! Ofrezca su amor al que por amar, de grande es hecho niño, y de Dios, hombre, y derrama su sangre á cabo de ocho dias; que no se contentó con lágrimas cuando nació. No se hurte á este Señor, pues tan verdaderamente es suya, porque no sea de aquellos de quien dice Jeremías (*Cap.* 7): Fuése consigo misma con quien se alza consigo. ¿Dónde con mas razon se debe? Dónde con mas provecho se puede emplear? Dónde mas alto puede subir que en amar á Jesucristo, que la amó y lavó con su sangre, y se da á sí mismo al que lo ama, y de hombre la torna Dios? Sea en esto recatada, y ofrezca oro al Niño Jesus, porque así como poco de oro vale mas que mucho de otros metales, así poco de amor verdadero es mas precioso que mucho cobre y otros metales de temor y de interes, ó de obras que de estos efectos nacen. Muchos se miden por hacer muchas obras buenas, y no entienden que no mira Dios allí, sino al corazon de que nacen; y que le puede á él ser mas agradable uno con ménos, que otro con mas, si el de ménos obras tiene mayor amor: persona habrá que en un ayuno ó pequeña limosna agrade mas al Señor, como la viuda, que otras con muchas; porque lo hace con mas amor que no el otro. Y en esto parece la grandeza de nuestro Dios, que ningun servicio, por grande que sea, es grande delante de él, si no es grande amor; porque quien no ha menester cosa alguna, ni puede crecer en riqueza ni en otro bien, ¿para qué quiere todo lo que le pueden dar, sino el ser amado, que es dádiva tan agradable, que ninguno la debe desechar, é así la pide Dios tan de verdad, que quien no se la diere, le castigará con eterna muerte?

¿Qué cosa tan sin codicia como el que ningun servicio ha menester? Y quién con tanta como él, que castiga con infierno á quien no le da su amor, y muy de verdad y sobre todos los amores? Y así décia S. Agustin: